AÑO IX XI

NÚM. 7.° DEL AÑO 1874
(896 DE LA COLECCION.)

2.ª ÉPOCA

RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS
No se devuelven los originales que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES
LAMINAS DE LA GUERRA
CARICATURAS
Se regala á los suscritores el **Almanaque de la Ilustracion.**

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

REVISTA DE MADRID.

Comprendo á fé mia el regocijo de que estarán poseidos todos mis apreciables lectores, como lo está Madrid entero, y creo que no es exajerado decir que España entera, los carlistas inclusive.

No ha terminado la guerra civil que tantas vidas cuesta, no se ha encontrado todavía el medio de enjugar el déficit; pero esto, y algo más que necesitamos para poder aletear y respirar, sucederá al fin tarde ó temprano. Por de pronto, contentèmonos con haber logrado lo que todos con tanto afan deseábamos, bien que no nos habíamos dado cuenta de este deseo; todos sentíamos un vacío, digámoslo así, sentíamos que nos faltaba algo, una cosa imprescindible, fatalmente necesaria para vivir; no sabíamos lo que era, pero era algo, algo... Solamente Colon, si viviera, podria explicar este deseo, refiriendo lo que él sentia antes de descubrir el nuevo mundo. Los que no hemos descubierto nuevos mundos ni mundos nuevos siquiera, no podemos explicarlo.

Ahora, por dicha, lo hemos descubierto, gracias al Ayuntamiento (Excmo. Ayuntamiento, creo que se dice) de la villa de Madrid. Esa ilustre corporacion nos va á dar lo que nos pedia el cuerpo, lo que todos anhelábamos, lo que era indispensable para nuestro regalo y nuestra ventura; nos va á hacer nada menos que un paseo para coches con sus señoritas, señoritos, señoronas y señorones dentro, y para caballos con sus ginetes. Me parece que no se quejarán Vds., me parece que ya estarán Vds. satisfechos. Así como así, no habia bastante sitio desde la Fuente Castellana al paseo de Atocha para que corrieran los coches, y era preciso ese paseo especial, ese paseo privilegiado, ese paseo republicanamente aristocrático, en el que dicen que habrá que gastar unos 70.000 duros, que no puede ser más barato un beneficio tan grande para la humanidad que tiene coche.

Alguien, algun infeliz, dirá que con ese dinero podia hacerse gran favor á la humanidad doliente que ha menester de hospitales y casas de socorro ó hermosearse y sanearse algunos puntos de la poblacion; pero esa observacion no es atendible en manera alguna, y desde luego demuestra en quien la haga la falta absoluta de coche propio.

Los *cursis*, que somos los que no tenemos coche, nos quejamos por pura envidia de que se haga ese paseo régio, digámoslo así; pero estoy seguro de que el Ayuntamiento nos mirará con lástima y desden, considerando cuán desventurados y pobres hombres debemos ser los que no sentimos la necesidad de ese paseo de los coches en el Retiro.

Dicen los que tienen coche y quieren que les hagan el paseo, que en esta obra hallarán trabajo muchos obreros. Y así será, en efecto; pero mejor fuera que el trabajo lo hallaran en otras obras de mayor utilidad, dirán los *cursis*, que no son pocas las que debiera hacer el Ayuntamiento. Y tambien dirán los *cursis* que seria de mayor provecho crear escuelas, dar premios á los buenos maestros, fomentar la instruccion pública, y hacer, en fin, muchísimas mejoras que reclama urgentemente la capital de esta gran república.

En fin, hágase si tanto urge, el paseo. Yo prometo no profanar la aristocrática via, porque como no tengo coche ni soy caballo, no he de meterme allí con riesgo de que me atropellen los intrépidos ginetes, las bellas amazonas y los bárbaros aurigas...

Felipe III, el bueno de Felipe III, vuelve otra vez á la Plaza Mayor, que es verdaderamente su plaza, á despecho de los mal aconsejados federales que le apearon con bien poca oportunidad.

Yo celebro infinito la vuelta del caballeroso Rey á la Plaza Mayor.

Este, además de ser un acto de justicia, es un síntoma de la mudanza de los tiempos, y de que no hay mal que cien años dure.

Venga en hora buena S. M., venga á mantener vivo el recuerdo de la Monarquía española.

Y no digo más.

Se abrió el Teatro de la Alhambra, dirigido por una Sociedad de escritores. La funcion inaugural satisfizo completamente al distinguido público. Las obras estrenadas pertenecen á los Sres. Fernandez Bremon, Ossorio, Sepúlveda y Frontaura, todos muy amigos mios, y el último mi inseparable compañero. Todas fueron muy aplaudidas, las de los primeros con justicia, la del último solamente por efecto de la benevolencia del público.

El Elixir de la vida, así se titula la obra del señor Bremon, es sumamente ingeniosa y delicada, y entraña un pensamiento profundo. La del Sr. Ossorio, *Un mártir desconocido*, es una pieza graciosa cuajada de chistes y entretenida como pocas. Acerca de la titulada *¡Desde el cielo!*, diremos solo que los periódicos la elogian mucho, y el público la aplaude grandemente. *La Correspondencia*, *El Diario español*, *El Imparcial*, *La Epoca*, *El Tiempo*, y otros importantes periódicos dedican al Sr. Frontaura benévolas frases que agradecemos profundamente.

La compañía de actores que actúa en ese teatro, es completa, y en ella descuellan la inteligente señora Carbonell, su hija la señorita Aranaz, y los Sres. Torres, Yañez, Aranaz, etc., etc.

Aconsejo á Vds. que asistan á un teatro donde se rinde culto á la literatura y á la moral, y se divierte á la gente por poco dinero.

Y adios, señores.

ANÁLISIS DE UNA MÁSCARA.

CARNAVAL DE MADRID.

Desmayarse en mis brazos una máscara, una máscara que parecia ser bellísima, y una máscara jóven que me era completamente desconocida, parecerá á cualquiera una aventura digna de ocurrir á un don Juan Tenorio, y digna de ser descrita por Lord Byron, Adam Mickiewioz ó Alejandro Dumas. Y yo no era ninguno de estos célebres señores.

Que la máscara era bella, me lo decian sus rasgados ojos, su cuello de alabastro, sus artísticos contornos y su voz argentina. Que era una jóven bien nacida, de familia distinguida y de costumbres escogidas, me lo aseguraban sus finos modales, el temor con que de mí dejaba asirse. Ni apoyó jamás sus mejillas sobre mis hombros, en el vertiginoso vals, ni permitió que durante la cadenciosa polka vislumbrara su torneado brazo, por más que codicioso de penetrar por él, sostuviese con mi mano izquierda su pequeña mano, y la levantara graciosamente al aire.

Mi situacion en aquel momento fué difícil. La concurrencia era inmensa; el baile de máscaras, aunque se daba entonces en un palacio del extremo de la Carrera de San Jerónimo, era un baile público; arrancarle la careta, no hubiera sido allí un abuso, hubiera sido un escándalo, hubiera sido un crímen.—Quizá, indudablemente, en el mismo salon, tenia su madre, sus hermanas, su amante ó su marido... No, aquella

---

3.°

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarría, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Cárlos Frontaura.

CAPITULO PRIMERO.

Por T. Guerrero.

(Conclusion)

Genaro, á los 20 años, era un jóven hermoso; no habia en todo el regimiento de lanceros quien llevara el uniforme con más gallardía, y cuando pasaba á caballo por las calles, muchas niñas se asomaban á los balcones para verle; pero como Genaro no pensaba más que en Consuelo, ninguna mujer robaba á ésta una sola mirada de aquellos magníficos ojos negros; y aunque Consuelo no hubiera dominado por completo el alma del jóven oficial, como domina siempre el primer amor, él no le hubiera hecho traicion, porque era esclavo de sus deberes.

Valentin no tenia más amigo que Genaro; su carácter era susceptible y se arrebataba hasta la locura en la excitacion de sus pasiones, que se desbordaban fácilmente; amaba con frenesí á Olvido, pero dudaba de ella, no sabiendo apreciar el sello distintivo del génio en las personas que trataba; su suspicacia le perdia, y sin la bondad natural de su único amigo, que habia aprendido á domarle en sus impulsos, más de una vez se hubieran roto los lazos de tan entrañable afecto; pero cuando su razon recobraba la calma, pedia perdon á Genaro, porque en el fondo Valentin era bueno.

Su figura era agradable, en la apariencia, pues como el mar, cuando se encrespa, su fisonomía tomaba un aspecto de fiereza temible, sin que le valieran los consejos de su compañero, que en diferentes ocasiones habia tenido que interponerse para evitar que su espada, que saltaba en seguida de la vaina, le expusiera á un lance comprometido.

Genaro estaba inquieto porque en el baile habia observado á Valentin comprendiendo la agitacion de su espíritu, y temió por Olvido que podia ser víctima de alguna inconveniencia de su amante, por más que ella no diera motivo. Sin embargo, Valentin se habia contenido en los límites de la buena educacion, pero la tormenta rugía sorda en su pecho y amenazaba estallar con violencia. Su compañero le conocia bien y callaba, proponiéndose, cuando estuvieran solos, calmar con sus buenos consejos aquella excitacion.

La fisonomía de Valentin se fué nublando á medida que las horas pasaban, y maquinalmente cumplió con el servicio militar; á las nueve de la noche, hora en que los oficiales se retiran del cuartel, salió solo, y sin duda para respirar el aire libre ó para buscar expansion á su atribulado espíritu, se dirigió al campo por el portillo del Conde Duque.

Un oficial le seguia á alguna distancia envuelto en su capote porque la noche estaba muy fria, y cuando Valentin se habia alejado de la ciudad, oyó que le llamaban; sorprendido, volvió la cabeza y marcando en su rostro un gesto de profundo disgusto, dijo:

—¿Por qué me sigues, Genaro?

—Porque necesito tranquilizar tu ánimo; creo que es una locura venir al campo á estas horas.

—Me sofoco en las calles, y busco aire, mucho aire, para mis pulmones oprimidos.

—Ven, dijo Genaro con el mayor cariño cogiéndole por el brazo. ¿Qué tienes?

—Nada, contestó con aspereza.

—Soy tu amigo; soy tu hermano; y tengo derecho á pedirte explicaciones.

—A nadie concedo ese derecho; déjame.

—¿Te has vuelto loco, Valentin?

—No sé; quiero estar solo.

—Y yo no quiero dejarte, porque es un deber del cariño aplicar bálsamo á las heridas de los amigos.

—¡Las heridas!... ¡Ay, Genaro! ¡sufro mucho!

—¿Ya suspiras? Ahora podemos entendernos; ábreme tu corazon.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque, como siempre, dirás que no tengo razon.

—Nunca he procedido así; estás ofuscado.

—No, Genaro; la herida de mi pecho es profunda y no tiene cura.

—¿Quién te hirió de ese modo tan cruel?

—Olvido.

—¿Mi hermana?... ¡Valentin, deliras!

—¡No!

—Olvido te ama con todo su corazon.

—Esa es una frase muy gastada para engañar á los necios.

—¿Dudas de mí?

—¡Dudo de todo el mundo! exclamó Fajardo con desesperacion.

—¿De mí tambien? preguntó Monreal con sentimiento.

—Tu hermana no me comprende; mejor dicho, tu hermana no me quiere.

—Estás loco; te lo repito.

—¡No estoy loco! exclamó Valentin exasperado; la mujer que ama no va á un baile á reirse y á gozar con las miradas de los hombres, á entregarse en sus brazos para seguir el compás, sin notar que el cora-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

esbelta hija de los amores y de las gracias, no podia haber tenido marido aun. Podia yo muy bien, entre aquella muchedumbre loca, indefinible, anónima, semi-comunista, congregada por el Amor y por Momo en el templo de Terpsícore, pasar por el amante, por el hermano, por el marido de la bella desmayada. Y no vacilé. Toméla en mis brazos con dulce y amoroso afán, la levanté en alto cual lijera pluma, para abrirme paso entre la apiñada multitud, y pocos, muy pocos de los concurrentes llegaron á advertir el compromiso en que la sofocante atmósfera del salon me habia colocado.—Una máscara más ó menos desmayada, *¡qué importa al mundo!*—Un desconocido que sale precipitadamente de un baile, que baja por la grandiosa escalera con una dama en brazos, que la deposita en el primer coche de alquiler que encuentra en la puerta, esperando allí que salgan las gentes, no tiene ciertamente por qué llamar la atencion.

—Al *hotel de los Italianos*, que es donde yo vivia, grité al auriga con conmovida voz, y deposité mi preciosa carga en el fondo del coche, que partió á escape.

Mi accion era atrevida, pero ¿á cuán diferentes soluciones no presta un lance de Carnaval?

Si es hermosa, decia entre mí; si es bella é inocente; si aun no ama á nadie, y sus padres desaprueban mi conducta,... la conduciré al pié del altar, me casaré con ella, y mi familia no tendrá más remedio que conformarse.—Estos son percances de los jóvenes en la vida madrileña.—Si es casada, si tenia familia en el baile, la devolveré respetuosamente al salon, tan pronto como haya vuelto en sí, porque en mí no cabe abusar de la inocencia, ni del sueño imprevisto de una dama hermosa. Habré evitado el ridículo de la *gacetilla*, que acaso hubiera escrito mañana en los cien periódicos de la capital: «Anoche sufrió la bella señorita de... un fuerte desmayo en el gran baile del palacio de... No se sabe á qué atribuir este incidente, aunque se supone que no fué ageno al desafío que tuvo lugar entre dos jóvenes de la nobleza.»

Y acumulando mil fantásticas ideas, creando en mi mente mil ensueños de amor y de ventura, fuí tan necio que ni tan siquiera me acordé, no me atreví tan siquiera á quitarle la careta mientras cual nueva Proserpina, arrebatada por Pluton, la conducia á mi morada. Llegó el coche al *hotel*, salió uno de los camareros á abrir la portezuela, pagué al auriga, y con cuidados mil, entre el camarero Antonio y yo, depositamos á la bella desconocida sobre el sofá de mi aposento.

—«Señuritu,' dijo el criado, que era asturiano, ¿qué aventuru es estu? ¡Una siñora en su cuartu!...»

—«Calla, le dije yo, condenado. ¿No ves que es una máscara que se ha puesto enferma? Corre, enciende más luces, sube vinagre y agua fresca, llama á cualquier criada de la fonda que la auxilie y haga volverla en sí, porque nosotros... no debemos, no somos dignos de tocar tanta belleza. Y cuidado, sobre todo te encargo que no se le quite la careta. No debemos ver su cara deliciosa, ¡oh, sí! deliciosa, hasta que haya recobrado el conocimiento, y por sí misma nos dé permiso para contemplar sus angelicales facciones.»

Antonio me miró con ojos asustados, y se lanzó fuera de la habitacion para cumplir su cometido.

¿Por qué me miraria así Antonio? ¿Hube dicho acaso algun desatino?

Yo mismo me apresuré á encender otras velas, en los candelabros de la habitacion. Y en mi mente calurosa, me forjaba la apasionada escena en que la bella desconocida volveria en sí, y llena de reconocimiento hácia mi heróica accion de nuevo Abelardo, premiaria con un ósculo de fuego mi amor á Eloisa. ¡Ah! qué momento aquel, en que lanzando un suspiro, entreabrió sus lábios de coral la ninfa sin nombre, tesoro de amor que la suerte me deparaba! Caí arrodillado á sus piés, y casi sintiendo que se me saltaba el corazon del pecho, me atreví á apartar de su torso y abultado seno el dominó azul que le cubria. Loco de amor, casi fuera de mí, lleno de entusiasmo y de pasion por mi inesperada conquista, bendecia el momento feliz en que habia resuelto ir al baile, y ponia mis trémulas manos sobre su talle de sílfide, para desatar el tiránico cinturon que le oprimia.

En aquel instante apareció Antonio en la puerta de la habitacion con un quinqué en una mano y una jícara con vinagre en la otra, diciendo:

—«¡Vaya una aventuru, señuritu! ¿Y es parienta de V. esta mascarita?»

—«Calla, Antonio, calla. No lo sé todavía...» contesté yo. Acaso sea pronto mi esposa, iba á añadir,... pero el torpe fámulo respondió lleno de admiracion:

—«¡Canariu! ¿Aun nun lu sabe?...»

Pero pronto salimos los dos de dudas, por mi fatal destino! La criada de la fonda, Juana por más señas, no tardó en vestirse, pues todos estaban ya acostados, y entrando en la habitacion, prodigó sus auxilios á la que yo creia infortunada bella.

—«¡Pobre señora, exclamó, ir á los bailes á su edad! ¿Quién la habrá engañado? decia, mientras la desabrochaba el traje, y le quitaba, como era natural, pero contra mis caballerescas prevenciones la careta... «¡Si es una vieja!»

—«Una vieja,» exclamé yo, como si acabase de herirme Júpiter con diez mil rayos! «¡Santo cielo, y es verdad!» prorumpí al ver los cuantiosos algodones que del mentido pecho le apartaba la oficiosa Juana.—«Ten, dije furioso al criado, entregándole una moneda. Volvedla en su conocimiento, hacedla tomar algun refrigerio, llamad un coche, y acompañadla otra vez al baile. Que busque allí á sus hijas, ó á sus nietas. No la expliqueis quien soy, ni la digais qué fonda es esta. Abridme otro cuarto cualquiera para echarme á dormir. No conteis á nadie esta ridícula aventura, porque si no, os lo aseguro, dije fuera de mí, os pego un tiro, y yo,... me marcho á América.»

Y maldiciendo las máscaras, maldiciendo mi amor á la poesía, y la poesía del amor, salí echando espuma por la boca; entré en otro aposento, que me abrió Antonio, estupefacto; me desnudé con rapidez y me hundí en la cama. Pero en balde me acostaba, porque ciego de ira contra la befa que me acababa de hacer el insolente Carnaval, no pude cerrar los párpados en toda la noche.

FLORENCIO JANÉR.

EL CAFÉ DEL SUR.

(ARTÍCULO CURSI.)

—Buenas noches; ¿cómo está V. doña Asuncion?

—Adios, Clarita... hija, y que *remaja* que viene V. hoy.

—Sí, es noche de *moda*.

Pues tiene V. razon; y yo que vengo hecha un adefesio!...

—Nosotras estábamos muy desanimadas; pero nos ha ido á decir Venturita, aquel jóven pálido que estuvo sentado la otra noche en nuestra mesa, que hoy iba una funcion nueva, y aquí nos tiene V.

—Y han hecho Vds. perfectamente. ¿Y *usté*, doña Engracia, cómo sigue V. con su pierna?

—Ay, hija, esto no se cura. Le digo á V. que me quita el humor para todo. Por mi gusto esta noche me hubiera quedado en mi casita; pero este diablo de chica, en cuanto oyó decir al tal Venturita que habia funcion nueva, ya no me dejó parar hasta que prometí traerla.

—Y ha hecho V. muy rebien. ¡Caramba! ¡Uy! la casa... no me hable V. de ella. ¡Pasarse toda la noche entre cuatro paredes! Aquí, hija, por 2 rs. se toma café, se oye representar y se pasa el rato de conversacion tan ricamente.

—Es lo que yo digo siempre á mamá. ¿Pero qué comedia hacen esta noche?

—Eso sí que no lo sé: se lo preguntaremos al camarero. Oiga V. Venancio... Venga V.

—¿Qué traigo?

—Por ahora nada; despues pediremos. ¿Sabe V. qué comedia *va* hoy?

—Deje V. que me acuerde... *La*... no; no empieza en *la*... El...

—¿*El terremoto*?

—No, señora, no es nada de tempestades... *El traidor y el confesonario*... una cosa así.

—Ah, ya; ¿*Traidor inconfeso y mártir*?

—Eso, eso; pero me llaman de aquella mesa y voy...

—Ya sabe V.; más tarde quiero café con bollo tostado; bien tostadito, eh?

—Mamá, ¿qué vas á tomar?

—Leche caliente.

—Oiga V., Venancio, á nosotras nos trae V...

—Vuelvo.

—¡Jesús, qué hombre! nunca escucha lo que se le dice.

—No ve V., hija, que tiene que servir á tantos...

—Pues ha de saber V. que Venturita nos dijo esta mañana que en la comedia de hoy estrena un vestido la Pepita, que va á dar golpe.

—Ya voy yo cansándome de tanto oir hablar de Venturita.

—¡Jesús, qué mamá esta! ¿Tiene algo de particular?

—Sí, señora, que tiene, y mucho. Es un mequetrefe que no hace otra cosa que traer y llevar.

—Pues es un chico muy guapo y muy fino.

—Verás como te doy yo á tí la *finura*

—Bueno.

—¡Que te calles!

—Pero, ¿ha visto V., doña Asuncion, qué mal génio tiene esta mamá?

---

zon de su amante se rompe en pedazos á impulsos de un fiero desengaño.

—Valentin, en tu ceguedad ofendes á mi hermana, que es pura como la más pura de las mujeres. Consuelo, á quien amo con veneracion, bailó anoche con otros hombres sin que me quejara, porque es un deber social...

—¡Peor para tí, interrumpió Fajardo bruscamente, si te conformas con esos deberes! ¡Yo no puedo, no quiero, conformarme con ellos!

—Culpa á la sociedad...

—¡No! gritó desatentadamente Fajardo; á quien culpo es á Olvido.

—¡Valentin!

—¡No quiero callar, porque necesito dar desahogo á mi justa cólera! ¡Tu hermana es una coqueta!

—¡Valentin!.. ¡Oh! ¡eres un insensato!

—¿Insensato yo?... ¡Ah!...

Fajardo, frenético, levantó la mano y la dejó caer sobre la mejilla de su amigo Genaro Monreal, que lanzó un rujido feroz, como el leon de las selvas cuando se siente herido, y llevó el brazo derecho á la empuñadura de su espada; pero permaneció en aquella actitud hostil algunos segundos, en que la sangre que se habia agolpado á su cabeza fué bajando poco á poco y devolviendo la tranquilidad á su espíritu. Entonces dijo:

—¿Qué has hecho, Valentin?

—¡Castigar tu atrevimiento! ¡devolverte el insulto!

—Olvidas que soy tu hermano, y yo no quiero olvidarlo; entre nosotros no puede levantarse el fantasma de la muerte que has evocado con tu insensata conducta.

—¡Insensata!... ¿Otra vez?

—Sí: otra vez, Valentin; solo tú en el mundo podrias haber manchado mi honra y existir todavía. Te perdono la ofensa que inferiste á mi hermana; te perdono la que acabas de inferirme, porque estoy seguro de que la razon acude ya en tu auxilio y vas á tenderme los brazos. Tú y yo no podemos reñir; dime que aceptas el perdon que te concedo.

—¡A nadie me humillo! exclamó Fajardo, verde de cólera, desenvainando su espada.

—¿Qué vas á hacer, Valentin? Vuelve en tí; no podemos cruzar nuestras armas. ¡Dios y nuestras familias nos están mirando!

—¡Defiéndete, Genaro!

—¡No! gritó éste cruzándose de brazos.

—¿No te bates? ¡Eres un cobarde! prorumpió, azotándole la cara con la hoja de su acero.

—¡Ah! ¡esto es demasiado! exclamó Genaro fuera de sí. ¡En guardia! ¡en guardia! ¡y Dios te perdone!

Sacó la espada y se arrojó sobre su agresor, que paró el golpe certero que iba en busca del corazon; la luna, que alumbraba débilmente, envió entonces un rayo que iluminó de lleno la fisonomía de Valentin; y su amigo, su hermano, sintió que el acero se le caia de las manos; volvió en sí y púsose á la defensiva, pero su contrario le acosaba ciego, no oyendo las voces que le daba para que suspendiera sus golpes; en una parada presentó Genaro el arma horizontal y tocó en seguida con la mano el pecho de su compañero, donde se habia escondido la espada; Valentin Fajardo cayó atravesado, exhalando un gemido sordo.

Genaro dió un grito espantoso y se arrojó sobre el cuerpo de Valentin, que tenia en los ojos retratada la muerte.

—¡Hermano mio! exclamó con el arrebato de un demente.

El rayo de la luna alumbraba la cara de Valentin; no habia en ella ni la expresion del dolor de la herida, ni las contracciones de la ira; la reaccion se habia verificado; parecia el ángel del consuelo.

El moribundo tendió la mano derecha y cogiendo la de su amigo, le dijo con expresion de ternura:

—¡Me he suicidado!... ¡No hay remordimiento para tí en mi muerte!... ¡Pobre Olvido!... ¡Pobre madre mia!... ¡Perdóname!...

—¡Ah! ¡no! ¡morir tú!... ¡Valentin!...

Genaro cogió la espada por la empuñadura y la sacó del cuerpo de su amigo, que dobló para siempre la cabeza. Entonces le besó en la frente, y dió á correr por el campo como un loco, pidiendo á la luna y á los árboles, únicos testigos de su desgracia, la vida de aquel hombre que habia sacrificado á las leyes del honor; pero la luna seguia enviando tranquilamente sus rayos á la tierra, y los árboles seguian agitando mansamente sus hojas, sin tomar parte en su dolor, sin enviarle un consuelo.

Genaro volvió en sí, y acercándose de nuevo al cadáver, permaneció algunos minutos inmóvil, con los brazos cruzados, contemplándole; despues dobló una rodilla en tierra, colocó la empuñadura de su espada sobre la frente de su amigo y pronunció con tono solemne estas palabras:

—¡Juro sobre la cruz de esta espada no volver á ceñirla, ni medir mis armas con ningun hombre, aunque la sociedad entera se desplome encima de mi cabeza!

Besó otra vez aquella frente, que guardaba un juramento sagrado, y enderezó sus pasos hácia la ciudad. Cuando llegó al portillo, tuvo que detenerse para enjugar sus lágrimas: ¡lloraba como un niño!

Detrás de aquella tapia le aguardaba el mundo; el mundo que en aquel lance de honor podia ver un crímen, pues no habia más testigos que la luna y los árboles, y estos no comparecen en juicio. ¡Era preciso vivir!...

En su casa le aguardaban su madre y la madre de Valentin; su amada Consuelo, que era hermana del muerto, su hermana Olvido, que era la amante de Valentin.

Un rio de sangre habia separado á aquellas dos familias, unidas al parecer por un lazo eterno.

(Se continuará.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

Personajes de «Las Manzanas de Oro.»

—No se disgusten Vds.; ¡qué caramba! Vaya, doña Engracia, deje V. á Clarita, que la pobrecilla bastante trabaja durante el dia; y que por la noche quiera reirse un rato, nada tiene de particular.

—Es que *usté* no sabe la guerra que me da este arrapiezo; no, y como yo la vea hacer telégrafos con el tal Venturita, ya se puede preparar.

—Cosas de jóvenes... En hablando del ruin de Roma... aquí lo tiene V.

—¿Quién?

—Venturita, que se dirige á esta mesa.

—Niña, cuidadito conmigo, y á ver cómo le das poca conversacion.

Venturita se acerca á la mesa que ocupan las tres señoras; las saluda á todas, metiendo mucha bulla; pide permiso para sentarse, y con cierto disimulo arrima su banqueta á la de Clarita.

Doña Engracia está que podria ahogársela con un cabello.

—¿Ha visto V. que atrevidillo?—dice á doña Asuncion por lo bajo.

—Déjelos V., señora,—contesta doña Asuncion,—él parece un muchachito muy decente.

—No me hable V.; si cuando lo veo parece que tengo delante la estampa del hambre. ¿Ha reparado V. qué flaquísimo está?

—Eso es que crece.

La escena anterior es copia de una de las innumerables de este género, que ocurren todas las noches en el café del Sur.

El café del Sur es uno de los establecimientos más populares de la villa. Su dueño ha tenido la feliz ocurrencia de construir un escenario en uno de los extremos del salon, y allí se ponen en escena, en medio de un diluvio de aplausos, las obras de nuestros primeros autores dramáticos.

Los cómicos del café suelen gauar 14 ó 16 rs. cada noche, segun la categoría. Terminada la representacion tienen el derecho de devorar un *bistek* con patatas. (Esta es una de las cláusulas del contrato de ajuste.)

La concurrencia es siempre numerosa en el café del Sur, á las cinco de la tarde están ya *tomadas* casi todas las mesas por un enjambre de chiquillos, viejas, jóvenes, pollos, ancianos y domésticas.

Creo innecesario advertir á Vds. que la gente *cursi* ha destinado el café del Sur para celebrar en él sus reuniones nocturnas.

Todos los *abonados* al café se conocen, se saludan y se *despellejan* recíprocamente.

Llega V. una noche, dispuesto á saber la vida y milagros de cualquiera de las personas que allí se reunen, y no tiene V. más que abrir la boca, y ya le está á V. diciendo al oido una de aquellas *señoras*:

—¿Ve V. aquella jóven que se sienta en la mesa del rincon? Pues dicen si tuvo ó no tuvo... Pues ¿y aquella otra de la izquierda? Esa ha sido modista, y ahora la llaman á coser de algunas casas: está separada del marido... Nunca la verá V. más que con ese vestido de *fular*, que parece comprado en una prendería; pero en cambio viene aquí todas las noches... pregunte V. al mozo y le dirá que debe, yo no sé cuanto. Ya ve V., no tiene posibles y luego mucho hablar y mucho tomar cafés y medias tostadas... Le digo á V. que aquí vienen algunas personas... Vamos, si no fuera porque *una* está ya curada de espantos, era cosa de no poner aquí los piés... Porque ha de saber V. que yo soy una señora de buenos principios. Mi mamá era *médica*, quiero decir, se habia dedicado á la *ciencia de partear*. Y no es porque yo lo diga; pero tengo muy buenas relaciones en Madrid. ¿Conoce al Marqués del Figle? ¿No? pues es tio mio, solo que estamos indispuestos por cuestion de intereses...

¡Ay, amigo lector! De fijo le sale á V. un flemon, ó tiene V. anginas, ó adquiere V. un padecimiento cualquiera, si llega la inexperiencia de V. á conducirlo una noche al café del Sur, y le cabe á V. la desventura de tener por *adlátere* ó compañera de mesa á una de estas apreciables *abonadas*.

Por supuesto, mientras la *señora* le hace á V. la relacion de la vida privada de las demás, hay otras muchas *señoras* vivamente interesadas en poder acercarse á V. para decirle muy quedito:

—Esa que está hablando con V. es una tal y una cual, que hace esto y lo otro y lo de más allá... ¡Si V. supiera! Su marido ha sido de la policía secreta, y luego estuvo en presidio...

Le digo á V. que lo que sucede en el café del Sur, es digno de ponerse en romance, y darlo á la interpretacion de un ciego acreditado, para que vaya cantándolo por esas calles de Dios.

Pero no pasemos adelante. El artículo se va haciendo pesado, y dejaré para otro dia la continuacion, como se hace con los folletines de los periódicos.

LUIS TABOADA.

EL TIPO DE LA MUJER.

VI.

UN BELLO IDEAL.

A MI TIO TEODORO GUERRERO.

Yo tambien, querido tio,
aunque mi audacia te asombre,
escudado *con tu nombre*,
tomo parte en este *lio*.
Teniendo un bello ideal,
dar puedo mi parecer;
para elegir la mujer
hay *sufragio universal*.
Sin Castelar, yo seria
en Madrid un paseante,
mas ya soy todo un flamante
teniente de artillería.
Y pues salí de Segovia
por siempre jamás Amen,
caro tio, yo tambien
quiero buscar una novia.
Pero temo, con verdad,
que ellas no me dén *de alta*,
porque una *estrella* me falta
para dejar *viudedad*.
Mientras allá en el *Bourdon*
y en el *Barrios* aprendia,
tambien con afan leia
en tus *Cuentos de salon*.
Pues ellos me han convencido,
ya no hay tiempo que perder;
así, búscame mujer,
que á casarme me decido.
En mis propósitos, ardo
por casarme, y te lo digo
aunque me aplaste tu amigo
Sepúlveda (don Ricardo).
Mis deseos son muy buenos;
mujer no me ha de faltar,
que en queriéndose casar
la mujer es lo de menos.
Algo la estatura importa;
no quiero la elijas alta,
porque no tengo por falta
el que se quede *por corta*.

HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

No es extraño que me incline
á mujer en miniatura,
pues aun siendo en estatura
no quiero *que me domine*.
La principal condicion
que te exijo es el dinero;
no te enfades, lo primero
es la buena *educacion*.
Habrá de ser muy callada
(si hay alguna que lo sea),
más bien bonita que fea,
algo sosa y recatada.
Me querrá con frenesí
y tendrá elegantes modos;
será ciega para todos,
pero un lince para mí.
Al prodigarle ternezas
los hombres, se hará la sorda;
y mejor la quiero gorda
por no sufrir sus *flaquezas*.
Aunque procure sencilla
que yo la enseñe á leer,
no haré tal, porque al saber
me leerá *la cartilla*.
Y tampoco, aunque lo sientas,
las cuentas le he de enseñar,
porque si aprende á contar
sabrá *ajustarme las cuentas*.
No quiero que juegue, no;
pues sé que ella ganaria,
y siempre resultaria
que solo perdiera yo.
En el juego de la banca
hay quien con el pego juega,
y de fijo *me la pega*
porque alguno *me desbanca*.
Dicen que por todo pasa
el futuro, y yo lo creo,
mas que me busques deseo
una mujer de su casa.
Yo sé que no te desbordas,
mas te confieso, sincero,
que literata no quiero:
es mujer de letras gordas.
No anhelo escriba comedias,
pues yo no pido á la dama
que sepa zurcir un drama,
sino *zurcirme* las medias.
Al público, de este modo,
por gratitud amaria;
ha de ser mi esposa *mia*,
y no del público todo.
Quiero mujer, no lo niego,
que complete mis delicias,
y que pague mis caricias
con sus caricias de fuego.
No mujer que estudie á Lista
por lucir erudicion,
y prefiera á Ciceron
al *Manual de la modista*.
Y la *Iliada*, de Homero,
y el *Pelayo*, de Quintana,
y de Ercilla *La Araucana*,
al *Manual del cocinero*.
Mil ventajas hallarán
los que adoren el saber,
mas yo no busco mujer,
semi-hombre cual Jorge Sand.
Será su querer muy tibio,
y dudara por el nombre
si me casaba con hombre,
con mujer, ó con anfibio.
Espero, y esto me abona
en una cuestion tan crítica,
me busques mujer política,
pero no *politicona*.
Hallarás mujeres mil,
más si has de verme casado
tendrás que pedir prestado
á Diógenes su candil.
¿Quieres hallarla?... Te basta
que con formal decision
saques mi mano á pregon,
ó la pongas en subasta.
Pues con razon considero
que aunque ninguna me adora,
habrá más de una postora
para atrapar á un soltero.

TEODORO UGARTE Y GUERRERO.

CASCABELES

Insertamos hoy unos versos del jóven D. Teodoro Ugarte, que pertenece al brillante cuerpo de Artillería, y que por la muestra posee felices disposiciones para la poesía festiva, no desmintiendo el talento de su tio y tocayo, nuestro amigo Guerrero.

Aunque no hemos tenido tiempo de leerlas todas nos parecen excelentes las *Fábulas morales* que acaba de publicar el Sr. D. Raimundo de Miguel, en un tomo. Creemos este libro muy apropósito para la niñez y la juventud, y lo recomendamos á nuestros ilustrados lectores.

Continúa la guerra carlista con todos sus horrores, sobre todo en Cataluña, donde aquellos partidarios cometen actos que no son por cierto propios de españoles.
¡Qué lamentable tenacidad!

El dia 12 hizo un año que se largó con viento fresco D. Amadeo, desengañado de los que se llamaban sus amigos.
Saludamos con este motivo á aquel buen señor, y á su señora, buenísima persona, le deseamos completo restablecimiento y largos años de paz y ventura.

La comedia *El grano de trigo* del Sr. Marquina, es una obra delicadamente escrita digna del buen éxito que ha logrado en el teatro de Apolo. La ejecucion tan esmerada como lo es siempre en el teatro que dirije el Sr. Catalina.

Ahora, ahora hace un año que estaba la federal en todo su explendor. ¡Qué Carnaval el del año pasado!
Pí, Figueras, Salmeron, Estévanez, ¡la mar, en fin!... Aquello era canela...

Los niños suscritores á *Los niños* están ejerciendo grandemente su buena inteligencia con los bonitos problemas que publica el elegante periódico, que otra vez recomendamos á los padres de familia, como el más útil y ameno para la infancia y la juventud.

Ya parece que hay dos escuadrones de Milicia.
El señor marqués de Sardoal los revistará á la mayor brevedad, segun dicen los periódicos.
¡Anda, anda!

Se proyecta la creacion de una *Sociedad protectora de los animales*.
Trabajo tiene en España.
Un mal poeta presenta unos versos á un magnate solicitando su proteccion.
—Usted viene equivocado,—le dice éste,—yo no formo parte de la sociedad que se proyecta crear.
—¡Anima!! dirá uno de los fundadores de la sociedad á su criado: vete de mi casa.
—No es posible: usted tiene la obligacion de protejerme.
Hablando ahora con formalidad, debemos decir que el pensamiento es digno del mayor elogio; pero que los iniciadores que aspiran á inaugurar sus trabajos combatiendo las corridas de toros, tienen para rato.
Celebraremos equivocarnos.

Un periódico de noticias ha publicado el siguiente epígrama en su seccion de anuncios:
Ama de cria con leche abundante. Mala de Francia, número tantos.
No hay que llamarse á engaño.

Tenemos una satisfaccion grandísima en que se nos haya presentado ocasion de tributar un aplauso al Sr. D. Cristino Martos. La circular que ha publicado últimamente prohibiendo que el lugar de las ejecuciones capitales se convierta en romería y paseo merece los mayores elogios, así como las consideraciones en que aboga por la necesidad de conservar la pena de muerte y las líneas en que, incidentalmente, demuestra sus cristianas creencias. Hoy que tanto se hace gala de impiedad y se diserta en pró de la abolicion de la pena de muerte,—antes de que la decreten los señores asesinos,—consuela ver que el ministro de Gracia y Justicia, poniéndose á la altura de las circunstancias da pruebas de su reconocido talento, al no obedecer á preocupaciones de cierta índole.

La otra noche hubo un sério disgusto en el café de Fornos entre dos ex-diputados, radical el uno y conservador el otro.
Al presenciar la querella decia un concurrente: Pero ¿no vendrá á poner paz algun agente del Gobierno?
—Quien debia venir, repuso una hermosa jóven, era el general Pavía. Los que disputan son diputados.

Roque Bárcia no ha vuelto á escribir otras cartas.
Sin duda las está pensando.
Preparen Vds. el paraguas, que es seguro el chaparron.

La guerra de Cuba se ha recrudecido, segun los periódicos ministeriales, hasta el extremo de hacer necesaria la adopcion de las más enèrgicas medidas.
Bello país debe ser,
el de América, papá.

Un racionista de zarzuela que ha sido contratado para representar en Marsella algunos obras españolas, dice á todos sus amigos que es uno de los representantes de España en el extranjero.

Se casó Cosme Gil,
como es muy natural, por lo civil;
y repite la suegra con enfado
que su yerno no está civilizado.

Entraba el otro dia una mujer, en meses mayores, por la puerta de Toledo, y un dependiente de consumos, maliciando que trataba de entrar contrabando, la indicó la necesidad del registro.
¿Es este acaso el registro civil? preguntó la detenida.

Á REAL LA LINEA. ANUNCIOS. Á REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Plaza de Matute, núm. 2.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA 1874.

Contiene este magnífico Almanaque, lo siguiente: «Juicio del año,» por Frontaura; «San oral completísimo,—1873—Revista del año»; «Recuerdos literarios,» por Ossorio; «In illo témpore,» por Sepúlveda; «La solterona,» por Guerrero; «El amor en el siglo XIX,» por Landaluce; «El oro.» por Centellas; «La hija de Jefté,» drama lírico, por Arnao; «Acuérdate,» por Lucrecio; «Recuerdos,» por Perez de Liébana; «La mujer,» por Bremon; Poesías de Ariza, Barrera, Príncipe, Arnao y Guerrero; «La Cubana,» por Flora; Pensamientos morales, políticos y sociales de Campoamor, Castelar, Fernandez Guerra, Tamayo y Baus, Fernandez de la Hoz, Cortina, Flores, Rubí, Cánovas, Fernan-Caballero, Lafuente, Monlau, Trueba, Ochoa, Nocedal, Breton, Silvela, Conde de S. Luis, Marqués de Molins, Rios y Rosas, Florentino Sanz, Cueto, Cañete, Ferrer del Rio, Hartzenbusch, Fernandez de los Rios y Aparisi y Guijarro; Calendario español de las letras, las ciencias y las artes en el siglo XIX, y una tanda de walses.
Este Almanaque está magníficamente impreso y lleno de hermosos grabados.
Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias.
Se regala á los que se suscriban á EL CASCABEL por este año.
Madrid: Administracion de EL CASCABEL: Plaza de Matute, 2.

¡DESDE EL CIELO!

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES
original de
DON CÁRLOS FRONTAURA
representado con gran éxito.

Se vende á 4 rs. y se manda á provincias á quien remita el importe.
Esta obra, por su sencillez, por su moralidad, y por no tener más que cuatro personajes, es muy á propósito para ser representada en casas particulares y sociedades dramáticas.
Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

VERMOUHT DE SALLÉS

ÚNICO EN SU CLASE.

Especialidad para combatir las enfermedades del estómago, higado é intestinos.

Premiado por el ilustre Colegio de farmacéuticos de Barcelona con medalla de plata, y en diferentes Exposiciones.

Aprobado por la Academia de Medicina y Cirugía, otras corporaciones científicas y profesores médicos. Depósito en Madrid en casa de los Sres. Prast, Arenal, 8; García Regalado, Mayor, 39; Besteiro, Imperial, 3; Arana, Preciados, 9; Los dos Siglos, Sevilla, 15; y Sanjaume, Horno de la Mata, 15.—Para pedidos de importancia dirigirse á D. Salvador Sallés—por Barcelona—SANS.

CUENTOS DE SALON

Se ha publicado el tomo 17 que contiene

LA NUBE NEGRA

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en Madrid, y 5 rs. para provincias.
Diríjanse los pedidos á la *Administracion*, Plaza de Matute, 2.

IMPRENTA DEL CASCABEL.
Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos).

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012